

Reflexiones sobre la enseñanza de la historia desde la perspectiva lasallista en un mundo globalizado

SERGIO GARCÍA TINOCO

Resumen— El presente texto analiza la posibilidad de concebir la enseñanza de la historia desde la perspectiva lasallista a partir de tres puntos claves: primero, las condiciones de la educación en la modernidad y globalización, donde se presenta a la comunidad educativa lasallista como una propuesta de solución a tales condiciones; segundo, la definición de una idea de la historia, la conciencia histórica y del sentido de la enseñanza de la historia desde la identidad y misión lasallista así como a partir del historicismo vitalista, para atender con ambos la búsqueda de sentido en una sociedad que vive la globalización; y tercero, se exploran algunos conceptos históricos desde los valores cristianos para proponer su enseñanza en perspectiva lasallista.

I. INTRODUCCIÓN

El presente texto tiene como objetivo, tal y como lo indica su título, reflexionar, es decir, pensar atenta y detenidamente sobre cómo sería una educación lasallista de la historia, con el propósito de imaginar, definir y esbozar de manera general una idea, aunque sea rudimentaria y esquemática, de la enseñanza de la historia desde tal perspectiva.

Tarea que, desde mi punto de vista, implica conciliar el sentido laico de la enseñanza de la historia con los valores lasallistas, para enfrentar la globalización. Para que el estudiante, al aprender historia, de manera fraterna transforme el mundo a favor de los pobres y diluya la pobreza.

Además, pensar sobre la enseñanza de la historia en perspectiva lasallista, contribuye a alcanzar una educación de calidad, al orientar sobre cómo usar los recursos educativos, al aclarar los objetivos y las metas por alcanzar, las necesidades sociales por atender, como la pobreza, y, así, satisfacer las expectativas que la comunidad lasallista se dio a sí misma.

II. METODOLOGÍA

Con el objetivo de explicar a lo largo de este ensayo lo que entiendo por enseñanza de la historia en perspectiva lasallista, respecto a qué, cómo, por qué y para qué enseñar historia desde tal mirada. Aquí pongo en molde a lo que me refiero por perspectiva lasallista, a saber: es el punto de vista desde el cual se considera un problema, un fenómeno desde los valores lasallistas de la fe, la fraternidad y el servicio a los pobres, valores que se engarzan en una concepción de la educación como un catalizador que transforma la sociedad a favor de los pobres para construir un mundo justo, equitativo y en paz. En el tercer apartado enuncio lo que entiendo por globalización.

SERGIO GARCIA TINOCO pertenece a la especialidad en GESTIÓN DE LOS APRENDIZAJES de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales y realizó el proyecto dentro del curso de Filosofía y pensamiento educativo lasallista (s.garcia029@ebc.edu.mx).

El proyecto fue asesorado por: Mtro. Guillermo Lara Villarreal.

Ahora bien, la reflexión que aquí propongo es necesaria porque algunas propuestas de enseñanza y didáctica de la historia se quedan solo en explicar y comprender el pasado, pues carecen de una valoración ética, de una dimensión social. En estas no se considera, por ejemplo: el tema de los pobres, de servirlos. Aunque algunas propuestas de enseñanza emanadas de la escuela de los *Annales*, ponen el acento en nuevos sujetos de la historia como las mujeres, niños, negros, etc., dejan de lado a los pobres y nuevos pobres [1]. Otras propuestas ponen énfasis en métodos de enseñanza a menos y sugieren otras maneras de abordar la categoría de la temporalidad como concebir el tiempo con avances, retrocesos y no de manera lineal [2], pero en éstas no hay una reflexión de la vivencia del tiempo, en pensar vivir el tiempo de otro modo, por ejemplo, desde los valores lasallistas. En estos casos no se propone movilizar juicios y emociones para sensibilizar y detonar la acción social mediante la valoración ética, como operación final del proceso de enseñanza-aprendizaje de la historia. Desde la óptica lasallista esa valoración culmina en actuar para resolver el problema de la pobreza desde la fraternidad y la fe.

La postura teórica desde la cual emprendí la reflexión es el historicismo vitalista. En este trabajo debe entenderse por este último término, en palabras de José Gaos, a “la filosofía que sostiene que el hombre no tiene naturaleza sino historia. Se quiere decir que en el hombre no hay nada de una naturaleza inmutable, sino que al hombre lo penetra toda la mutación histórica” [3]. De modo que debe entenderse que el hombre se constituye. Es, por su historia. Por lo tanto, el pasado es algo vivo en el presente, no es un objeto, una cosa, es la memoria que compone el ser del hombre mismo, o sea su identidad, como individuo y como ser social. El hombre, la vida humana, es su historia.

III. ESBOZO DE ALGUNAS CONDICIONES DE LA EDUCACIÓN CONTEMPORÁNEA: MODERNIDAD Y GLOBALIZACIÓN

Marshall Berman, en su texto *Brindis por la modernidad*, muestra los peligros del mundo emanado de la modernidad, develando su aspecto ideológico: un pensamiento que impacta y ordena la actividad económica, política, social y cultural en gran parte del mundo, una visión que une a la humanidad mediante una paradoja: reducir la pluralidad cultural humana al consumo de la globalización y los valores de la modernidad, y, así, desintegrar la diferencia al imponer y materializar la idea de que todos los hombres y las culturas deben ser homogéneos al mercado. Al respecto señala que:

Todos los hombres y mujeres del mundo comparten hoy una forma de experiencia vital-experiencia del espacio y el tiempo, del ser y de los otros, de las posibilidades y los peligros de la vida-a la que llamaré modernidad. Ser

modernos es encontrarnos en un medio ambiente que nos promete aventura, poder, alegría, crecimiento, transformación de nosotros mismos y del mundo-y que al mismo tiempo amenaza con destruir todo lo que tenemos, lo que sabemos, lo que somos. Los ambientes y las experiencias modernas cruzan todas las fronteras de la geografía y la etnicidad, de las clases y la nacionalidad, de la religión y la ideología: en este sentido puede decirse que la modernidad une a toda la humanidad. No obstante, esta unión es paradójica, es una unión de la desunión: nos arroja a un remolino de desintegración y renovación perpetuas, de conflicto y contradicción, de ambigüedad y angustia. [4]

Como se observa, para Berman, uno de los aspectos de la modernidad que evidencian claramente dicha paradoja es su postulado de desintegración y renovación perpetuas, por lo que ésta renueva todo permanentemente (bienes de consumo, y todo aquello que encuentra la manera de volver un producto, incluyendo experiencias de vida como el nacimiento de un bebe o la muerte), con el propósito de desechar y sustituir esa renovación por otra nueva lo más pronto posible, actitud que impacta al planeta, la vida en la tierra, a la experiencia humana del espacio y del tiempo, y de las relaciones entre los individuos, al privilegiar al instante y convertir todo en algo desechable, es decir, sustituible, incluyendo lo insustituible, por ejemplo: el agua potable, la capa de ozono, el Ártico, la Antártida, las especies en peligro de extinción.

La globalización, invención de los sujetos que la pregonan, integra a los hombres a una sola experiencia vital, es esa forma de vida económica que busca homogeneizarlos, unificarlos, a ellos y a su manera de vivir, es decir, su cultura que incluye a los mercados económicos regionales en los que participan, con el propósito de dirigir simultáneamente los movimientos financieros en todo el orbe, actitud que muestra el afán de dominio.

Los dueños del mercado, quienes hacen posible la modernidad y globalización junto con el apoyo y ayuda de otros convencidos, con el fin de mantener su dominio, requieren de la reproducción del discurso diseñado para legitimar dicha dominación, necesitan de la distribución de ese discurso tanto en la información como en las formas de entretenimiento a las que accede la sociedad a través de los medios masivos de comunicación. Todo lo anterior con el objetivo de convencer sobre de los grandes beneficios de la modernidad y globalización, ocultar su lado perjudicial y destructor, crear “por todas partes la convicción de que ningún país puede existir con reglas diferentes de las que organiza el sistema-mundo” [5] y hacer pensar que otros mundos, otra forma de vivir, de organizar la vida política, económica, social y cultural fuera de la modernidad y globalización no es posible.

Entonces, la modernidad y la globalización impactan todos los ámbitos de la sociedad, la vida humana y del planeta. En este sentido, la educación no es la excepción.

En la actualidad, el mundo del mercado, del consumo, “domina y dirige, los sistemas educativos sufren enormes presiones para que los centros escolares se conviertan en los constructores de un sentido común en las nuevas generaciones que legitime los intereses y urgencias de los oligopolios y empresas transnacionales” [6]. En otras palabras, la gran mayoría de los integrantes del mundo del dinero, presionan

para que las instituciones educativas se conviertan en meros reproductores de las condiciones sociales actuales, para que ahí se preparen los trabajadores que requieren y desarrollen las investigaciones orientadas a la generación de nuevos bienes de consumo que ofrezcan enormes ganancias y permitan inventar nuevas necesidades en los individuos, para que éstos permanezcan cautivos de sus productos y de la ideología que legitima la globalización.

No es de extrañar que, en estas circunstancias, algunos de los responsables de los sistemas educativos tiendan a adecuar la educación escolar a las exigencias del mercado, con el propósito de formar individuos con un sentido altamente individualista que someta lo intereses de la comunidad a los propios, que se adapte constantemente al cambio conforme a los requerimientos del mercado y estén dispuestos a venderse de modo eficaz, como un producto más, en el mercado laboral de la globalización.

Todo parece indicar que, sin intención a exagerar, en la actualidad, cuando menos en Occidente, existe de manera preponderante un individuo profundamente egoísta, antisocial, antihumano, que no comprende del todo su historia, es decir, no comprende del todo el pasado que lo constituye y, en consecuencia, no se comprende del todo a sí mismo, a su ser social.

En el mundo globalizado, la idea del hombre que hoy se ha promovido, formado e interiorizado en los individuos y que resulta preponderante, cuando menos en Occidente, es aquella que afirma lo siguiente:

(...) la vida del hombre debe reducirse al reconocimiento y aceptación de ser un trabajador, productor de ganancias y un ente consumista, con un horizonte mental y de vida establecido en los valores de la inmediatez de los procesos, en la ética del instante, en el imperio de lo efímero y en el culto por lo desechable. Ello significa que en el mundo de la sociedad globalizada se difunda, desde sus amplios espacios de expresión y con toda la fuerza del poder informativo, la idea de un pesimismo aniquilador y la visión de una perspectiva –del mundo y de la vida-totalmente desesperanzadora y carente de utopías” [7].

Resulta desalentador para cualquier persona contemplar y creer en dicha visión de la vida humana donde el tiempo de la modernidad parece ser eterno, como si ella hubiese existido desde siempre y al renovarse constantemente da la apariencia e ilusión de no tener fin. Sin embargo, es la idea del hombre en la que en la actualidad muchos individuos creen y viven a partir de ella. Ningún espacio queda fuera de la modernidad, pues ésta lo toca y trastoca todo. Resulta problemático vivir en esta circunstancia, pues se desvanece toda esperanza para combatir la desigualdad, la pobreza y la intención de la globalización de suprimir la diferencia cultural, en suma, para construir otra manera de vivir.

Desde mi perspectiva, el humanismo cristiano y, concretamente, el lasallismo son una respuesta, una solución, entre otras, que se contraponen a dicha visión de mundo y de vida. El lasallismo se propone construir una cultura que dé prioridad a los valores y, de manera particular, a los valores evangélicos propios de La Salle como la fe, la fraternidad y el servicio, así como brindar “a los niños y jóvenes razones para

vivir y esperar- es decir, propone otra vivencia del tiempo- en este mundo globalizado que prioriza lo económico sobre la persona” [8]. Pues solo mediante tales valores y con tal valoración de la persona, de la vida humana, es como desde esta propuesta se plantea transformar al mundo, para “desaparecer el dominio de unos sobre otros, eliminar las desigualdades y las estructuras de abuso de poder” [8].

Desde la visión cristiana lasallista, se encuentra una propuesta de generar otra forma de vida en la globalización, con humanismo cristiano que concibe a la persona como factor de cambio social:

(...) como una criatura creada a imagen y semejanza de Dios; con la responsabilidad de ser guardián de la naturaleza y ser la vía de acceso a Dios. La vía de acceso a Dios (apertura a la trascendencia) se concreta a través de la fraternidad. Esta fraternidad se ve realizada desde las exigencias evangélicas entre las que se encuentran: respeto a la vida, transformación progresiva que supera los rezagos históricos que se dan en los diversos ámbitos, respeto a las diversas culturas (pluralismo), promoción de los derechos humanos y el compromiso de fraternidad que sobrepasa la solidaridad y la justicia social. [8]

Desde la fraternidad, el amor al prójimo, es como se concibe a la educación lasallista, como una empresa dedicada a los pobres, incluyendo las nuevas pobrezas de las que habló Juan Pablo II, es decir, aquellas “que afectan a menudo a ambientes y grupos no carentes de recursos económicos; pero expuestos a la desesperación del sin sentido, a la insidia de la droga, al abandono en la edad avanzada o en la enfermedad, a la marginación o la discriminación social” [9]. De modo que la educación lasallista aspira a atender esas pobrezas con el objetivo de combatir esa desigualdad, esa forma de pobreza no sólo económica.

Para lograr lo anterior, los Hermanos de las Escuelas Cristianas quieren formar una comunidad cristiana, “una comunidad educativa capaz de construir una sociedad que haga posible la obra de Dios, en donde el amor es fuente de vida. Sin duda es una educación que considera el contexto económico, social y político; desde allí busca la construcción de una sociedad justa, equitativa y en paz. De ahí que en su espiritualidad esté tan arraigada la idea de una búsqueda de sentido” [9]. En mi opinión, la enseñanza de la historia en perspectiva lasallista puede y debe contribuir a esa generación de sentido. Ahora bien, veamos algunas consideraciones más.

IV. HISTORIA, CONCIENCIA HISTÓRICA Y SENTIDO DE LA ENSEÑANZA LASALLISTA DE LA HISTORIA

Tengo la convicción de que el docente para enseñar historia necesita partir de un concepto claro de ella, de una conciencia histórica y una idea precisa del sentido de la enseñanza de la historia, pues tales nociones atraviesan y guían el diseño tanto del discurso histórico destinado al ámbito escolar como a las estrategias de enseñanza de la historia y aún, me atrevo a asegurar, que también repercute en las estrategias de aprendizaje que el profesor promoverá en el alumno.

Para precisar el concepto de historia, recurro a lo escrito por José Gaos hace algunas décadas:

La palabra *historia* tiene en español dos sentidos. En una frase como “la historia es un proceso milenar”, la

palabra *historia* designa la *realidad* histórica. En una frase como “la Historia se funda en la tradición oral, los documentos y los monumentos”, la misma palabra designa el *género literario* o la *ciencia* que tiene por objeto la realidad histórica. A fin de distinguir ambos sentidos, se puede reservar la palabra *historia* para designar la realidad histórica y emplear la palabra *Historiografía* para designar el género literario o la ciencia que tiene por objeto la realidad histórica [3].

Hoy en día para hacer esta última distinción algunos historiadores prefieren usar el término historia con minúscula para referirse a la realidad histórica y reservar el de Historia con mayúscula para nombrar al género literario o a la ciencia que estudia la realidad histórica. Ambas propuestas son igualmente válidas y coexisten en los textos historiográficos dependiendo de la preferencia y posición filosófica del historiador.

Aquí me interesa señalar, siguiendo a José Gaos, que lo histórico, en otras palabras, la realidad histórica en su mayor generalidad, es el objeto de la Historiografía y que lo historio es lo cambiante, lo mutable, con el movimiento del tiempo, por ello temporal. En realidad, “lo histórico oscila *entre la creación y la repetición*. Lo absolutamente nuevo se daría en el seno de lo *persistente*. Hay que distinguir entre esto último y lo que, tras una interrupción, reproduce o reitera algo anterior. Lo *reiterativo* no repetirá o reproducirá nunca íntegra o exclusivamente lo anterior” [3]. De modo que al ser el hombre justo historia, el mismo es mutable, en él hay repetición y creación, herencia y libertad. Aquí encontramos una idea de hombre que más adelante recuperaré.

Cabe aclarar que independientemente de si se considera a la Historiografía un género literario o una ciencia, ésta es ante todo una reflexión y una forma de conocimiento sobre el devenir humano, sobre el hombre mismo considerado como mutación histórica. Por lo que es preciso que el profesor lasallista, que enseña historia para generar una explicación acerca de un fenómeno histórico, recurra a los supuestos filosóficos laicos para conciliar la fe y la razón. Tal tarea permite cumplir con la postura del proyecto educativo lasallista de aproximarse a las relaciones, precisamente, entre fe y razón, por medio del “diálogo y la crítica entre ética, fe, ciencia, política y cultura” [10]. De modo que quede claro tanto al docente como al alumno que, en la educación lasallista, la fe y la razón no se excluyen, que dicho proyecto educativo no excluye el conocimiento científico, los fundamentos de la ciencia, la generación de conocimiento y la concepción científica del mundo.

De tal suerte que la idea providencialista de la historia que plantea que todo cuanto ocurre sucede por disposición de la divina providencia, de aparecer o no en la educación lasallista, no puede ni debiera soslayar o ahogar una interpretación de la historia desde otras posiciones filosóficas y otras ideas de la historia como lo es el materialismo histórico, el historicismo vitalista, entre otros.

Desde mi punto de vista, el conocimiento histórico escolar en perspectiva lasallista debe concebir al conocimiento histórico como uno vital, indispensable para la construcción de la vida social y el combate ideológico de la pobreza. La Historiografía configurada desde ahí, podrá ser aprovechada en beneficio de la sociedad, pues en la medida en la que el

hombre pueda comprender que él: no tiene naturaleza sino historia, se comporta por medio de unas formas culturales que provienen del pasado; además, identifique y explique los factores de cambio, asuma su identidad sin negar al otro, y entienda las posibilidades reales para actuar con libertad, eventualmente, podrá transformar su realidad social de manera consciente.

En suma, la idea del devenir histórico que proponga el docente lasallista en congruencia con su fe cristiana y su proyecto educativo, tendría que ser expresión de la conciliación entre una explicación laica o científica de la historia y una interpretación, entiéndase este último concepto como una particular relación con el pasado, a la luz de los valores lasallistas de la fe, la fraternidad y el servicio a los pobres, principalmente.

Dicha idea de la historia estaría en posibilidad de manifestar, en palabras de Joseph Ratzinger, “una correlación necesaria de razón y fe, de razón y religión, que-en opinión del papa emérito-están llamadas a depurarse y regenerarse recíprocamente, que se necesitan mutuamente” [11]. Entonces, propongo, por un lado, mostrar ese proceso de correlación en la historia, es decir, cómo se han dado actos de fe y de razón a lo largo de la historia, cómo ambas tienen capacidad de construir y destruir; y por otro, reconciliar fe y razón en la teoría de la historia, en la filosofía que sostiene y da coherencia al discurso histórico escolar, para contribuir a que tanto el profesor como el alumno reconozcan dicha correlación.

Toda idea de la historia requiere de una idea de hombre, por mínima y rudimentaria que esta sea. En páginas anteriores, adelanté una noción de hombre que propongo para la enseñanza de la historia en perspectiva lasallista, a saber, en palabras de José Ortega y Gasset: “el hombre no tiene naturaleza sino historia”, en otras palabras, la existencia humana es histórica. A lo que añado, siguiendo a Martin Heidegger, que lo es porque la existencia humana tiene como característica el ser temporal. Filósofo que enseña que esa temporalidad, a su vez, es histórica, necesariamente. En consecuencia, desde esta posición filosófica, el existir humano se aparece históricamente. Así, en el transcurso temporal de la existencia humana en el que ésta es, en la que ésta existe, realiza hechos que, por ser humanos, son históricos y no de la naturaleza, no de otras especies del planeta. Puede decirse que esa realización de hechos es peculiar, única, del hombre, es un elemento constitutivo de la existencia humana. Edmundo O’Gorman definió esa realización con el término historicidad, como “la aptitud o capacidad de engendrar historia”, y distinguió dos modos posibles de asumir esa capacidad: la inauténtica y la auténtica. Esta última, “el modo auténtico de la existencia supone el ejercicio autónomo de esa capacidad” [12].

Antes dije que, en el hombre, en su vida, hay repetición y creación, pues la “existencia consiste en dar forma a lo recibido por herencia: herencia biológica y herencia de la cultura. Por tanto, la historia como pasado es causa contribuyente de la historia como acción actual. El ser humano tiene una genealogía: existencia es presencia actual del pasado” [13]. Entonces, el hombre es un ser histórico, por temporal, constituido por su pasado. El individuo requiere conocerse a sí mismo, o sea, para existir plenamente requiere

conocer su pasado, saber “dónde está”, para que el pasado esté presente en su vida de una forma que le permita engendrar historia de modo auténtico: realizar hechos en lo teórico y práctico como resultado del acto de distinguir “lo que en su vida le es impuesto y lo que él puede imponer” [12], de determinar su libertad.

En definitiva, “la existencia humana es capaz de conocerse a sí misma, pues la historia es existencia humana” [12]. La historiografía, el conocimiento histórico escolar en perspectiva lasallista, puede y debería enfocarse a ser un discurso, una práctica escolar, capaz de mostrar ese conocimiento, de propiciar que el estudiante se conozca a sí mismo, a los otros respetando sus diferencias bajo la noción de los derechos humanos y la diversidad cultural. Esto es así porque retomo la idea de que el hombre no es sólo por sí mismo, ni es completo por sí mismo, debido a que es un ser social. La conciencia y la asunción de la otredad completan al hombre, de hecho, lo humanizan.

Es decir, el sentido verdaderamente humano de la vida reside en *la preocupación por sí mismo, pero a través de la pre-ocupación por los otros*. Es el sentido de la “otredad”, es el *discernir y trascender*, es la sublimación de lo humano en el paso del “yo” al “nosotros”, en el que somos “nos” y somos “otros” [14].

Aquí he traído a cuenta un atributo, una cualidad del individuo, a saber: su capacidad de establecer una relación entre él, los otros, lo no humano, supra-corporal y el mundo a su alrededor. El ser “nos” y ser “otros”. En síntesis, su capacidad por preocuparse por algo más que de sí mismo, su cualidad y facultad de amar: a él mismo; al prójimo; la vida completa del planeta, o sea, la creación de Dios de la cual, en perspectiva católica, él-el hombre-es guardián; a Dios mismo.

En mi opinión, la enseñanza de la historia en perspectiva lasallista, precisamente para serlo, debe recuperar el carisma lasallista que hace de todo proyecto educativo un espacio para difundir el amor “como un bien preciado y un valor supremo”, amor que yo propongo como enfoque del discurso histórico escolar lasallista, como parte de la idea de hombre que se enseñe, más precisamente, el amor como “garante de la vida fraterna entre los humanos” [9]. El amor de la doctrina social católica es concebido por los lasallistas como una fuerza capaz de renovar al hombre, de impulsarlo y motivarlo a sentir misericordia y apelar a la caridad:

Los hombres renovados por el amor de Dios son capaces de cambiar las reglas, la calidad de las relaciones y estructuras sociales: son personas capaces de llevar paz a donde hay conflictos, de construir y cultivar relaciones fraternas donde hay odio, de buscar la justicia donde domina la explotación del hombre por el hombre. Solo el amor es capaz de transformar de modo radical las relaciones que los seres humanos tienen entre sí [9].

El atributo del amor y la historia constituyen al hombre, ambos lo facultan de la posibilidad de penetrarse con la comunidad, de percibir sus necesidades, preocupaciones, intereses y anhelos para conformar justo una comunidad. En palabras de Eduardo Nicol, “*el otro no es más que el yo mismo reencontrado* (tanto bien como mal). Es por eso que lo reconozco siempre inmediatamente, como hombre, incluso cuando me es desconocido como individuo: simplemente, *yo me reconozco en él*” [15]. El ser humano, cuando se encuentra

con el otro, se reconoce y diferencia de él, identifica lo que le es propio y lo que comparte. En suma, configura su identidad y su ser social como parte de una comunidad, de la humanidad.

La historiografía, el conocimiento histórico escolar lasallista, desde este planteamiento, se concibe como un reencuentro del hombre con el otro, es decir, consigo mismo y con su pasado. Donde ese otro es principalmente el pobre, el excluido y discriminado. Rencuentro impregnado de amor cristiano, católico, donde prevalece “el respeto del otro como igual en dignidad”, “sin sentirse amenazado en la propia identidad por esta diferencia” [10]. Es reconocer al otro y aceptar su dignidad.

Ahora, en cuanto al reencuentro con la historia, ésta permite al hombre reconocerse, como se dijo, en el otro, y al mismo tiempo actuar con plena conciencia, al “revelarle a la existencia su verdadera historicidad-auténtica-al mostrar las posibilidades reales elegidas por las existencias que fueron, distinguiendo en ellas lo único y lo que se repite (libertad y herencia)” [12]. Con esto último, se cumple el verdadero fin del conocimiento histórico: conocer el pasado como acto de libertad. El hombre percibe sus posibilidades, elige entre ellas, construye libremente su futuro.

De modo que la historiografía, o discurso histórico, escolar lasallista debe culminar en la formación y configuración de una conciencia histórica que produce en quien la percibe un conjunto de nociones sobre sí mismo y el mundo en el que se desenvuelve y condiciona, en buena medida, su actuación social.

En 1943, Edmundo O’Gorman definió a la conciencia histórica como la relación que los hombres guardan o creen guardar con su pasado, la manera en la que cuentan con él, “contar con” [16]. Aquí me interesa precisar que la conciencia histórica que se configuraría en perspectiva lasallista, incluiría la idea de la historia y del hombre que esboqué en este apartado. También quiero proponer que la conciencia lasallista de la historia, para ser auténticamente lasallista, tendría que ser una conciencia para la transformación social, que establecería con el presente inmediato una actitud revolucionaria, en el sentido de detonar la realización de la temporalidad del ser humano en una integración del pasado (herencia cultural) y el futuro (utopía cristiana) en el que el presente se constituye en el pasado del futuro, en el espacio, en el que se transforma la realidad actual, bajo la militancia de los valores lasallistas: la fe; la fraternidad, amor al prójimo, presente en toda labor educativa; y el servicio fundamentalmente a los pobres, los excluidos y discriminados, es decir, la atención a las necesidades de quienes viven la pobreza y las nuevas pobreza.

De manera que cada alumno mediante la construcción de esta conciencia histórica lasallista, tendría: la convicción de que forma parte de la comunidad, que los otros y el pasado son parte de él-del estudiante-y constituyen su ser social, que éstos hacen que sea como es él, que forma parte del proceso de transformación inherente e imposible de detener de las sociedades; la percepción de que en alguna medida es responsable de la construcción del futuro; y la certeza de que nada es eterno-incluida la globalización-y que es posible intervenir, con convicción, de manera consciente en la

transformación de la sociedad encaminada a la justicia y la equidad.

Entonces, el sentido, en otras palabras, el por qué y el para qué de la enseñanza lasallista de la historia, consiste en dotar al hombre de una identidad, de la conciencia de sí mismo mediante su encuentro con el otro y con la historia, conciencia que se hace presente en su práctica cotidiana. Con ello, el individuo se humaniza, crea comunidad y ejerce el modo auténtico de la historicidad, al discernir sus posibilidades reales, al elegir entre ellas y vivir en libertad. La enseñanza de la historia se vuelve en un proceso liberador, que a la luz de los valores lasallistas se constituye en un combate a la pobreza desde el aspecto ideológico, pues al ser el “otro” el pobre, al reencontrarse con él, se saca a los pobres del olvido de la memoria histórica y se incorpora a la historiografía escolar el tema de las nuevas pobreza. Al estudiar el pasado de la pobreza, se descubrirá “las raíces” de ésta, para sensibilizar, movilizar juicios y emociones, y tomar conciencia de ella, con el objetivo de que los estudiantes “sean capaces de crear relaciones más justas y equitativas entre los hombres, y estimularlos a comprometerse de modo efectivo en la acción a favor de la justicia y la paz”, en la construcción de una sociedad civil crítica, creativa y autónoma “que haga inteligente resistencia a las injustas e inequitativas dinámicas del mercado”, de la globalización; en asumir su papel como guardián y no dueño de la creación, al reconocer “el valor de la vida”, de “toda forma de vida” [9], para que salve decididamente al planeta y todas las especies que lo habitan del calentamiento global. En suma, realizar el reino de Dios en la tierra, materializar la utopía cristiana. Dotar de sentido la vida humana y salvar su alma.

V. ALGUNOS CONCEPTOS HISTÓRICOS PARA LA ENSEÑANZA LASALLISTA DE LA HISTORIA

Ahora bien, me interesa presentar una idea, aunque sea breve y somera, sobre cómo orientar algunos conceptos históricos desde los valores lasallistas para proponer la enseñanza de esos conceptos en esa perspectiva. Aquí sólo trataré tres categorías, las que me parecen más urgentes y necesarias para el discurso histórico escolar. Por el momento sólo me concentraré en el valor del servicio a los pobres, pues asumo que éste implica la fraternidad y la fe.

Páginas arriba, propuse al amor como el principal enfoque de la enseñanza lasallista de la historia. Desde mi punto de vista, eso significa que las categorías históricas para la enseñanza (lasallista) requieren del atributo del amor para promover en el estudiante una reflexión potente que movilice “los juicios como también las emociones” [9], para apelar a los sentimientos, detonar la misericordia y la caridad, atender las necesidades de los pobres y de los nuevos pobres, hacer frente a los males del capitalismo, de la globalización. En la didáctica, eso se traduce en un aprendizaje vivencial, el cuál apela a las propias experiencias del alumno para identificar cómo el pasado constituye su presente y está vivo en él; y en la construcción de problemas percibidos por el alumno como reales donde él exponga problemas verdaderos a los que se enfrenta o enfrentará.

La temporalidad. Esta consiste en tratar “el problema de la percepción de la temporalidad histórica por el educando”

[14]. Para tal acercamiento, entiendo por temporalidad a la cualidad de temporal, es decir, algo “que pasa con el tiempo, que no es eterno” [17], mutable, movimiento en el tiempo. En esta categoría entran conceptos como periodización, permanencia y cambio, entre otros. Por el momento, me concentraré en la experiencia del tiempo en cada época histórica. La perspectiva lasallista apelaría a las emociones a la vivencia del tiempo. Por ejemplo, induciría la reflexión sobre cómo hace sentir al alumno la vivencia moderna del tiempo donde todo deber ser rápido, inmediato, desechable y útil, y buscar otras posibilidades para otra vivencia histórica del tiempo.

La espacialidad. El concepto de espacio histórico al que recorro lo define como “el ámbito socialmente construido-o destruido-por el hombre a través del tiempo” [14]. En esta oportunidad, solo mencionaré dos de varias maneras lasallistas de abordarlo. Una es visualizar el espacio histórico de una época con trazas urbanas, sonidos, lenguaje, pinturas y mapas de la época. La otra, explorar cómo se siente el alumno ante la destrucción de un ámbito social, por ejemplo: la destrucción de Tenochtitlán (por dominar al otro) o la destrucción hecha por el hombre del hábitat del oso polar por el calentamiento global.

Los sujetos de la historia. La cuestión de esta categoría es “la selección de quienes participan en el desarrollo histórico, es decir, los protagonistas de la misma” [7]. Desde el punto de vista lasallista, el foco de atención estaría en los pobres y nuevos pobres, sacarlos del olvido, negados por el sistema, y mostrarlos como protagonistas de su propia historia inserta en la historia de su comunidad. Me refiero a los discriminados, los negados: mujeres, homosexuales, negros, indígenas, drogadictos, enfermos, oponentes de la globalización y defensores del planeta ante el calentamiento global, entre otros. También entrarían los personajes que atendieron sus necesidades y los apoyaron con amor fraterno.

VI. CONCLUSIÓN

Este ensayo muestra que es posible enseñar historia a la luz de los valores lasallistas, es decir, que la enseñanza de la historia en perspectiva lasallista es un proyecto viable. Es una enseñanza con dimensión social al tener como propósito cimentar en el alumno una conciencia histórica que lo motive a actuar de manera decidida para transformar su realidad actual a favor de los pobres y construir un mundo alejado de la sociedad del consumo. En otras palabras, es una enseñanza que no concluye en el hecho de que el estudiante experimente, explique y juzgue el pasado, pues va más allá, llega al campo de la deliberación ética que culmina en la acción social desde los valores lasallistas: la fe, la fraternidad y el servicio a los pobres (combatir la pobreza, incluidas las nuevas). Por eso, en este trabajo mostré que, para hacerlo, hay que pensar en el qué, cómo enseñar, en su sentido y en su aplicación concreta en una didáctica lasallista de la historia.

En mi opinión, tener claro el sentido de la enseñanza de la historia desde el punto de vista lasallista, contribuye a una educación de calidad, porque tal claridad guía el uso de recursos y esfuerzos para satisfacer las expectativas que la comunidad educativa lasallista eligió para sí misma, además de todo, comunidad con presencia en el mundo.

AGRADECIMIENTOS

Agradezco al Mtro. Guillermo Lara Villarreal por las sugerencias y observaciones hechas al presente trabajo, así como a Andrea Sánchez Quintanar (†) porque sus textos y el recuerdo de sus clases son un modelo para mí.

REFERENCIAS

- [1] L. E. Galván. “Teoría y práctica en la enseñanza de Clío”, La formación de una conciencia histórica. Enseñanza de la historia en México, México: Academia Mexicana de la Historia, 2006.
- [2] V. Lerner. “Hacia una didáctica de la historia. Propuesta para mejorar la enseñanza de Clío”, en Perfiles educativos, México: UNAM, No. 45-46, pp. 38-53. Julio-diciembre 1989
- [3] J. Gaos. “Notas sobre la Historiografía”. En A. Matute, La teoría de la historia en México (1940-1968), México: FCE, 2015
- [4] M. Berman. “Brindis por la modernidad”, El debate modernidad pos-modernidad, Buenos Aires: Puntosur, 1989
- [5] N. García. La globalización imaginada, México: Paidós, 1999
- [6] J. Torres. Educación en tiempos del neoliberalismo, Madrid: Morata, 2001.
- [7] A. Sánchez. “Reflexiones sobre la historia que se enseña”. En L. E. Galván, La formación de una conciencia histórica. Enseñanza de la historia en México, México: Academia Mexicana de la Historia, 2006.
- [8] J. A. Vargas. “Humanismo y lasallismo: un modelo pedagógico para la Universidad La Salle”, Revista del Centro de Investigación. Universidad La Salle, vol. VIII, no. 32, pp. 27-37. 2009
- [9] J. C. Rivera “Identidad lasallista, misión y retos. El lasallismo, una espiritualidad para custodiar la vida”, en F. O. Neira y J. C. Rivera, La educación superior en perspectiva lasallista, México: Ed. Parmenia, 2016.
- [10] J. M. Torres. “Diálogos entre religión y razón en el contexto de la educación superior: una mirada crítica desde el proyecto educativo lasallista, en F. O. Neira y J. C. Rivera, La educación superior en perspectiva lasallista, México: Ed. Parmenia, 2016
- [11] J. Ratzinger. “Lo que cohesiona al mundo. Los fundamentos morales y prepolíticos del estado liberal”, Entre razón y religión, México: FCE, 2008.
- [12] E. O’Gorman. Crisis y porvenir de la ciencia histórica, México: UNAM, 1947.
- [13] E. Nicol. La idea del hombre, México: FCE, 1977.
- [14] A. Sánchez. Reencuentro con la historia. Teoría y praxis de su enseñanza en México, México: UNAM, 2002.
- [15] E. Nicol. Ideas de vario linaje, México: UNAM., 1990.
- [16] E. O’Gorman. “La conciencia histórica en la Edad Media”. En A. Matute, Historiología: Teoría y práctica, México: UNAM, 2007.
- [17] Real Academia Española. [Temporal]. (22 de mayo de 2019). Disponible en <https://dle.rae.es/?id=ZRD50re|ZREROFq>.